

Y tronaron las descargas  
 En confusion horrorosa . . . .  
 Cuando el humo se disipa,  
 Percibe la gente absorta  
 Al hijo gentil de Allende,  
 El de cabellera blonda,  
 El esforzado en las lides,  
 La esperanza en las derrotas,  
 En los brazos de su padre  
 Espirante entre congojas.  
 Levanta el padre aquel rostro,  
 Besa la sangrienta boca,  
 Y le dice enternecido,  
 Con la voz trémula y ronca:  
 "¡Ay! ¡dichoso tú que mueres  
 Sin mancha, como patriota!"

Elizondo, furibundo,  
 Mata, dispersa, destroza,  
 Y la traicion se engalana  
 Con laureles de victoria.

"¡Adelante, prisioneros!  
 Grita insolente la tropa,  
 Y las víctimas desfilan  
 En procesion silenciosa.  
 Allí se mira á Balleza,  
 De Hidalgo brazo y custodia;

Allí Abasolo y Camargo,  
 Y Zapata y Lanzagorta,  
 Siguen su tranquila marcha  
 Sin jactancia y sin zozobra.  
 Se ve á don Mariano Hidalgo  
 Lucir su noble persona,  
 Y al grave Santa María,  
 Ejemplo de calma estóica.  
 Allí José Santos Villa  
 Junto á Solís se coloca,  
 Y sigue compacto grupo  
 De respetables personas  
 Que, pastores de la Iglesia,  
 Y liberales sin nota,  
 Quieren servir á la patria  
 Y por salvarla se inmolan,  
 Del Redentor de los hombres  
 Haciendo las santas obras.  
 Marcha así la comitiva  
 En procesion silenciosa,  
 Hasta tocar en la plaza  
 Del oprimido Monclova,  
 Donde repiques y salvas  
 Celebraron la derrota,  
 Que más bien debió llamarse  
 De la traicion la victoria.

---

ROMANCE DE ZACATECAS.

---

“Venid, Señor Intendente,  
“Que va tronar la tormenta;  
“Yo bien sé que sois osado,  
“Mas no se requiere fuerza  
“Cuando las iras del pueblo  
“Se desatan y revientan.”  
Y Rendon el atrevido  
Contiene su alma colérica,  
Y la ciudad abandona,  
De despecho y rabia presa.  
*El Conde de la Laguna*  
Que así hablara con prudencia,  
A la turbulenta plebe  
Noble y benigno sosiega  
Cuando llegó de Dolores  
El clamor de independencía.

Entónce el Ayuntamiento,  
 Que ve la ciudad acéfala  
 Y sobre ella amontonadas  
 Espesas nubes de guerra,  
 Dice: "Tomad, Señor Conde,  
 "De este Gobierno las riendas,  
 "Que Iriarte nos amenaza  
 "Sin evitarlo Calleja."  
 El Conde guardó silencio;  
 La perdicion mira cierta  
 De familias españolas,  
 Y la incertidumbre deja.  
 "Acepto; pero sepamos  
 "Qué miras tiene la guerra;  
 "No busquemos la matanza  
 "Con la ceguedad de fieras,  
 "Ni la razon apaguemos  
 "Cuando su luz se desea;  
 "Llamad de San Cosme al Cura,  
 "Y llamad al Cura Piedras,  
 "Que conversen con Iriarte  
 "Y sus intenciones sepan."  
 Llega el Cura de San Cosme:  
 Su frente es alta y severa,  
 Seco, flaco, y la mirada  
 Como luminosa estrella.  
 Habla, y de sus puros labios  
 Se derrama la elocuencia,

Con brillo de tal estima,  
 Con tintes de tal pureza,  
 Que dominando por noble  
 Los ánimos encadena.  
 ¡Qué patriota! ¡qué cristiano!  
 ¡Qué palabra tan discreta!  
 El Conde de la Laguna  
 La escucha con complacencia  
 Y le dice: "Dios os lleve,  
 "Que ansioso espero que vuelvan."  
 —¿Quién es—todos se preguntan—  
 El Padre?—y es la respuesta:  
 —Es el Cura de San Cosme,  
 Es la honra de nuestra tierra,  
 Esperanza de la patria  
 Y luminar de la Iglesia.  
 Es el *Doctor Cos*, que asoma  
 Aquí por la vez primera,  
 Y astro fulgente en su cielo  
 Lo verá la Independencia.

---

La conducta del buen Conde  
 Reprobó el brutal Venegas,  
 Y de Cos marcó la frente  
 Su rencoroso anatema.

---

---

---

ROMANCE DE CHIHUAHUA.

---

HIDALGO Y SUS COMPAÑEROS ENTRAN PRESOS EN CHIHUAHUA

---

I

En medio de las llanuras  
De los inmensos desiertos  
Que en el confin de la patria  
Miran del Norte el lucero;  
Donde no crece la yerba  
Ni murmura el arroyuelo,  
Ni los pájaros cantores  
Vuelan cortando los vientos;  
Donde el grito de las fieras  
Despertar suelen los ecos  
Y el alarido salvaje  
Del comanche infunde miedo;  
Donde mirando á la tierra  
Entre el pavor del silencio,

Nos parece de repente  
 Cadáver de un mundo yerto,  
 Y cual fantasmas las sombras  
 De las nubes en su seno,  
 De pronto se nos presenta,  
 Como llovida del cielo,  
 La pintoresca Chihuahua  
 Con indecible embeleso.  
 Cual bandada de palomas  
 Sus blancas casas, cubriendo  
 El trecho de una llanura  
 Que nos inspira contento.  
 Las casas como que llevan  
 Sobre los hombros sus templos,  
 Y que van las arboledas  
 De su grupo en seguimiento.  
 En torno las sementeras,  
 Los ganados á lo léjos,  
 Los desiertos más distantes,  
 Y en pié viéndolos los cerros.  
 En ese giron de tierra  
 Que el hombre arrancó al desierto,  
 ¡Cuán bella se ve á la patria  
 Que casi se va perdiendo!  
 Son ginetes extremados  
 Sus donceles y guerreros;  
 Atraviesan los peligros  
 Sin interrumpir sus juegos,

Y convierten en leyendas  
 Sus amores romancescos.  
 Las damas, como los lirios  
 De sus escondidos huertos,  
 Son las delicias del alma  
 Por lo fiel y por lo tierno;  
 Y son matronas sublimes  
 En el conflicto y el riesgo,  
 En esos dramas horribles  
 Del salvaje en el desierto.  
 ¿Quién pinta de ese carácter  
 Lo delicado y lo austero?  
 ¿Lo sencillo del infante?  
 ¿Lo incontenible y soberbio?  
 ¿Cómo pintarlo en las fiestas  
 Afectuoso y bullanguero,  
 Y furibundo y ardiente  
 En los combates sangrientos?  
 ¿Y quién pintar lo patriota  
 De su independiente pueblo  
 Que conserva sus memorias  
 Como aureola de luceros,  
 Y que guarda en su recinto  
 Mil tesoros de recuerdos? . . . .  
 Era de ochocientos once  
 Y de Abril el mes funesto,  
 Cuando entraron en Chihuahua  
 Hidalgo y los suyos presos.

Los *chaquetas* muestran gozo,  
 Rabia y estupor el pueblo.  
 Dianas están las cajas redoblando,  
 Las campanas repican desde lo alto;  
 Los patriotas se alejan del concurso  
 Muy paso á paso,  
 Y estando solos, á enjugar su llanto.

## II

A los presos se conduce  
 Con gran farsa y aparato,  
 De la ciudad á un extremo  
 Ya dispuesto de antemano,  
 En singular edificio  
 Que han respetado los años.  
 Es el principio de un templo  
 Sin concluirse, abandonado,  
 Con su gótica fachada  
 Y en pié y aislados los arcos,  
 Que apoyo de naves fueran,  
 No burlas del viento vano,  
 Si á los proyectos del hombre  
 Fueran sumisos los hados.  
 Es la vida interrumpida  
 De muerte por el asalto:  
 Es la ruina, las grandezas  
 Del nacimiento usurpado,

Lo súbito, lo imprevisto,  
 En esqueleto imperando.  
 A Colegio de Jesuitas  
 Era el templo destinado,  
 Y el lugar en que soñaban  
 Los arquitectos los claustros,  
 Y los amplios corredores,  
 Y los amplísimos patios,  
 Fueron salas, oficinas  
 Y lugares apropiados  
 A un hospital miserable  
 Que San Felipe llamaron  
 Recordando á los Jesuitas,  
 Sus grandezas recordando,  
 Y su destierro terrible  
 De México, inesperado.  
 Al tenerse la noticia  
 De que fué aprehendido Hidalgo,  
 El Comandante Salcedo,  
 Que ejerce el supremo mando  
 De Chihuahua, del Colegio  
 Cortando el extenso patio,  
 Con premura desusada  
 Hizo construir unos cuartos  
 Para encerrar á los presos,  
 Cuartos de mezquino espacio,  
 Sin luz, cual cajas de adobe,  
 Para hombres asfixia y asco;

Dejando al vasto edificio  
 Con dos miserables patios  
 De que quedan las señales  
 Por la ruina de los cuartos.  
 Mientras el pueblo padece  
 Gritan vivas los soldados  
 Y repican las campanas,  
 Y los presos van marchando.  
 ¡Ay de Hidalgo!  
 ¡La hora de tus verdugos  
 Ha sonado!  
 Repite el pueblo los nombres  
 De Camargo y de Carrasco;  
 Mireles y Lanzagorta  
 Van tranquilos platicando.  
 A Allende se reconoce  
 Por lo altivo y lo gallardo;  
 A Aldama por lo modesto;  
 A Chico por lo galano,  
 Y al Mariscal Abasolo  
 Por lo garboso y lo guapo.  
 El coche de Hidalgo cubren  
 Los numerosos soldados,  
 Y allí es donde los curiosos  
 Vánse ansiosos agrupando.  
 ¡Ay de Hidalgo!  
 ¡La hora de tus verdugos  
 Ha sonado!

En el cubo de la torre,  
 Que es un reducido cuarto,  
 Para habitacion estrecho  
 Y para prision insano,  
 Cerrado con toscas puertas  
 De cerrojos y candados,  
 Con poderosa custodia  
 Sepultóse al Cura Hidalgo;  
 Y á los presos que le siguen,  
 En los asquerosos cuartos.  
 Corredores y azoteas,  
 Bóvedas, pasos y tránsitos,  
 Ocupaban vigilantes  
 Centinelas y soldados . . . .  
 Por fuera el rumor escucha  
 La gente con sobresalto,  
 Hasta quedar en silencio  
 La prision, y paso á paso,  
 Haciendo hileras y grupos,  
 Fuése el pueblo dispersando.  
 De gorja están los esbirros;  
 Los patriotas, con espanto  
 Repetian en voz baja:  
 ¡Ay de Hidalgo!  
 ¡La hora de los verdugos  
 Ha sonado!

---

ROMANCE DE LA INSURRECCION.

---

Marchando van á Chihuahua  
Hidalgo y sus compañeros,  
Siguiendo hasta hallar la muerte  
Del martirio el derrotero.  
Con el desleal Elizondo  
Quedan insurgentes presos,  
El que luego que se siente  
De todos señor y dueño,  
Pidiendo á su sed de sangre  
Como estímulo y refuerzo,  
Lanzó sobre ellos comanches  
Que formaban en su ejército,  
Como en tropel á los lobos  
Sobre indefensos corderos.  
Fué el furor de la matanza,  
Fué un delirio carnicero,

Miedo y horror de la tierra,  
 Espanto del mismo infierno.  
 Los pocos que se ocultaron  
 Van para Monclova presos,  
 Donde los del Rey demuestran  
 Entusiastas su contento.  
 Salvas, vítores y flores  
 Hienden alegres los vientos,  
 Y cruzan así las calles  
 Los cansados prisioneros.  
 Gritan feroces soldados  
 Que viva Fernando Sétimo;  
 Y "mueran los insurgentes"  
 Añade estúpido el pueblo.  
 Así hasta la inmunda cárcel  
 A los presos condujeron;  
 Y era el lugar tan mezquino,  
 Tan reducido y estrecho,  
 Que unos en otros quedaban  
 Como aprensados los cuerpos,  
 Luchando cada garganta  
 Por conquistar el aliento.  
 Por cuatro veces la noche  
 Llegó á mirar tal tormento,  
 Sepultando en sus horrores  
 Lo cruel del martirio intenso.  
 Al cabo los de Elizondo  
 Viva compasion fingiendo,

A los indios desdichados  
 Como bestias repartieron,  
 Sintiéndose como esclavos  
 En solaz y refrigerio . . . .  
 "Matad á los oficiales,  
 "Acabad con los sargentos:  
 "Así lo manda Elizondo,  
 "Así lo manda Salcedo,"  
 Dijo una voz, y preparan  
 Los patíbulos sangrientos . . . .  
 Y á la voz, como si fuese  
 Voz de vida y de consuelo,  
 Voz de libertad querida,  
 Voz de victoria y contento,  
 Del antro que los sepulta  
 Salen airosos y esbeltos,  
 Acosta, Ortega, Navarro,  
 Domínguez, Malo, y con ellos  
 Ocarranza, el conocido  
 Por sus inmortales hechos,  
 Y príncipe, entre los libres  
 De honra y de valor ejemplo.  
 "¡Muera!" gritan los verdugos:  
 "¡Viva el pueblo!" gritan ellos:  
 Truenan horribles descargas,  
 Y despues reina el silencio.

---

---

ROMANCE DE DURANGO.

---

“Que mueran esos traidores  
“Que usted celoso custodia;  
“Que les tiren por la espalda,  
“Cuidando mucho la tropa  
“No apuntar á sus cabezas,  
“Y que las talaes ropas  
“Les vistan despues de muertos  
“Con respeto y ceremonia;  
“Que al fin por ser sacerdotes  
“A la Santa Iglesia se honra.  
“Durango, á quince de Julio.”  
Y así concluyó la nota  
De don Bernardo Bonavia  
Contra los nobles patriotas  
Que á la partida de Hidalgo  
Se quedaron en Monclova.  
Alguno, como caudillo,  
Dió á la patria honor y gloria;  
Otros, en su ministerio